

bra. Todo lo que Julia hace, lo tiene oculto, porque todavía no es tiempo de revelarlo al emperador. Cuando llegue la hora, todo será descubierto, y la calumnia desempeñará su papel. Es, pues, posible, que sea Livia la que haya hecho esparcir, en aquella época, el rumor de que Julia había pensado en matar á su padre y aconsejado á uno de sus amantes que conspirase contra Augusto.

Interesante sería tener una imágen exacta de esta muger que era elogiada por su hermosura y que fué la precursora de todas las liviandades del imperio romano.

He buscado en las medallas. Hay monedas romanas que representan á Julia, hija de Augusto; por desgracia nada nos permite darnos cuenta de la semejanza con alguna exactitud. Así, el año de 727 de Roma, Julia tenía entónces veintidos años, el triunviro monetario, C. Mario Trogo, mandó acuñar una moneda de bronce, con motivo de la adopción de los dos hijos mayores de Julia, Cayo y Lucio César. Esa moneda es muy pequeña y contiene tres cabezas; en medio está la de Julia, á derecha é izquierda están las de sus hijos. Pero ya adivinareis que estas tres cabezas son de tales dimensiones, que apenas puédense reconocer las facciones, y que, por consiguiente, el grabador trató mas bien de hacer una conmemoracion que una imitacion. Representó á los personajes sin tener lugar ni posibilidad de dar un verdadero retrato en un tamaño tan diminuto. Sé tambien de una moneda en la que Livia y Julia son el asunto principal. Está acuñada por la ciudad de Smyrna, con inscripciones griegas. Representa de cada lado la cabeza de una muger. Lo que hace que estas cabezas se distingan, es la inscripcion, que nos deja ver que Julia está identificada con Vénus y Livia con Juno.

Esto sí es perfectamente claro, y parece que debemos estar seguros de tener sus retratos; pero si examinamos las dos cabezas, percibimos que son exactamente iguales, y que así como no se parecen á Livia, que conocemos, tampoco deben parecerse á Julia. Es evidente que queriendo Smyrna acuñar una moneda conmemorativa, comparó con gran delicadeza dos personas de la familia imperial á dos diosas, y que la nobleza de esta idea hizo descuidar la semejanza; la lisonja está en la inscripcion.

Queda, pues, la famosa estatua de Julia, que está en el Lyvre, pero es de sentirse que ese monumento no pueda confirmarse con exactitud por medio de las medallas. La estatua está renovada en diosa Ceres, con espigas en la mano; pero nada tiene de esta diosa; es un tipo individual. El decir que es Julia, es una hipótesis, puesto que las medallas no ayudan á afirmar la identidad del tipo. Sin embargo, tal es el nombre que siempre se le ha dado, que está aceptado, y creo que para ello la principal razon es que no hay otra persona de la familia de Augusto á quien se pueda atribuir esta estatua. Se conoce á Livia, á Agripina, á las principales mugeres del tiempo de Tiberio, de Calígula, de Claudio, y esta figura, tan encantadora, tan jóven, tan coquetamente ataviada, no corresponde á ninguna de ellas; esto, pues, ha conducido á hacer pensar que no podia ser sino Julia.

Por mi parte, yo sí creo que es ella. Tiene, en efecto, un aire vano y provocativo, altivo y delicado á la vez. La boca es en extremo fina, cerrada, tan lista para la sátira, como para la sonrisa; es la boca de una coqueta espiritual, que está siempre sobre las armas. Julia tenía el pelo negro, lo adivináis por la anécdota de Augusto que os he citado hace poco. La barba es un poco pronunciada, lo que para noso-

tros es una prueba de que la estatua representa un tipo individual, pues aquella barba en nada se parece á lo que crea el arte griego; es mas llena, mas redonda, que lo que requiere la parte superior de la cara; hay algo de material, de sensual, y mirándola con atencion, se acerca del tipo de Augusto. Recordais que, tratando de traslucir el carácter de Augusto en las facciones de su fisonomía, os señalé la barba como llena de sensualidad y de voluptuosidad, y que contrastaba con su cara tan grave, tan dueña de sí misma. En la parte inferior de la cara de Julia se encuentra tambien un no sé qué de rudo, que indica la materia dominando el alma.

La estatua está cubierta con un manto, admirable como ejecucion, con pequeñas franjas en el borde. Uno de los brazos está cerca del talle, para recoger los pliegues contra el cuerpo, con elegante simetría; el otro está levantado hácia la barba, gesto que en la estatuaria griega, expresa á la vez el abandono, la gracia y la coquetería.

El perfil, el estilo del peinado, las proporciones de la nariz, de la frente, de las cejas, sugieren una comparacion bastante singular. Es enteramente el tipo, el peinado, el conjunto de las mugeres célebres por su belleza en tiempo del Directorio y del Consulado.

Julia, por el tipo, es de la familia de Mme. Tallien, de Mme. Récamier y de todas las hermosuras de aquel tiempo, y la analogía que existe llama la atencion no solo á los franceses, sino que un alemán ha hecho la misma observacion. Mr. Adolfo Stahr publicó en 1854 una obra sobre la escultura, intitulada *Torso*, y dice al hablar de la estatua de Julia, que tiene «una expresion de amabilidad y de gracia, que son cosas francesas por excelencia.»

Ningun deseo tenemos de dar derechos de ciudadanía á una muger tan perversa como Julia; sin embargo, esa observacion no carece de verdad. En la época del Directorio hubo una corriente en el arte, y por consiguiente en la moda, que llevaba á la imitacion de la antigüedad. Todos los trajes del Directorio tratan de reproducir los trajes griegos; solo que Grecia era mal conocida, y para los arqueólogos del imperio, Grecia era Roma, y de esta tomaban sus modelos. Es indudable que esta estatua de Julia fué una de las que mas se copiaron en el arte y que mas inspiró á los elegantes del siglo XVIII. Y de aquí resultó que al copiar á Julia, se encontró cierto número de mugeres que se le parecia. Cada moneda, en efecto, hace resaltar ó introduce tipos diversos en la multitud, segun que les es ó no favorable. En cada generacion se encuentran los tipos mas variados y bellezas de todo género. Depende de un peinado ó de un adorno esencial el hacer brillar, haciéndolos mas aparentes, los tipos de una misma clase, ó el relegarlos á segundo término, si el adorno, y sobre todo el peinado, les son contrarios. De ahí viene ese flujo y reflujo en las bellezas.

Es un principio para nosotros tratándose de historia, ¿no es verdad, señores? que no admitimos que haya crimen sin que haya castigo, y desgraciadamente á medida que avancemos en el estudio de la época imperial, tendré muy á menudo motivo de probaros que tenemos razon.

Es cierto que para nosotros será un motivo de admiracion que durante veinte años,—pues la vida de desbordamiento de Julia duró 20 años,—Augusto no la conociera ni supiera nada. ¿Cómo es que aquel amo omnipotente que penetraba las conciencias, que interrogaba las fisonomías, que vigilaba cuanto á su rededor pasaba; cómo es que aquel

ojo que no se fiaba mas que de sí mismo para verlo y preverlo todo; cómo es que aquella policía tan bien organizada que lo investigaba todo en el seno de las familias, que desbarataba las conspiraciones, que hasta prevenia los malos pensamientos, que daba órdenes á las intenciones; cómo es que aquel pretendido *magister morum*, aquel amo de las costumbres, rodeado de cortesanos tan celosos; cómo es que Augusto no supo nada de la conducta de su hija? ¿Cómo es que durante 20 años no adivinó los crímenes que lo deshonoraban á los ojos del mundo? Dion hace con este motivo una reflexion bastante curiosa; dice: «Aunque los príncipes no toman empeño en ocultar su conducta á su familia, son sin embargo los últimos que saben la conducta de sus parientes.» Esta sátira involuntaria encierra mucha verdad. En efecto, con un príncipe que se teme y se adula, la mas hábil de las lisonjas es muchas veces el silencio. No decir nada que pueda ser penoso, ocultar lo que puede ofender al príncipe, no expone á ningún peligro; veo además otras razones en lo que respecta á Augusto. Habia á su rededor, ambiciones siempre alerta, que tenian interes en ocultarle todo, aun el honrado Agripa, cuyo elogio haremos cuando llegue su vez. Este gran general sabia todos los excesos de su muger. Nada podia ignorar, pues no se le guardaban muchos miramientos! Agripa temblaba en secreto, pero jamas se habia atrevido á quejarse, á denunciar á Julia, porque habria sido tener que repudiarla y por consiguiente perder el imperio. No podia suceder sino por Julia, á título de yerno de Augusto; durante 10 años sufrió en espera del imperio, y murió sin obtenerlo.

Muerto Agripa, Augusto hace que Julia pase á los brazos de Tiberio. No será este quien se queje. Tiberio tiene una

ambicion mas violenta aún, y además, Livia está ahí, Livia, la prudente, que ha sufrido otras muchas injurias de Augusto y que por consiguiente sabe sufrir la vergüenza de Julia. Livia apoya á Tiberio, á Tiberio que detesta á Julia, como se lo probará cuando llegue á ser el dueño del mundo. De suerte que hay una conspiracion unánime en la familia imperial para guardar silencio, porque los que habrian debido dar luz al emperador, tienen sucesivamente delante de los ojos el atractivo, el cebo supremo: el imperio.

Aun añadiré que si algunas veces llegaba hasta Augusto algun síntoma desagradable que pudiese alarmarlo, Livia era la primera que desvanecia la nube, que le daba explicaciones, que adormecia la vigilancia de Augusto, y que disculpaba á Julia, á su querida hija política.

Pero de repente los papeles van á cambiar. Ha muerto Agripa, ha muerto Mecénas, Marcelo ha dejado de existir, Octavia vive en su retiro, sin ambicion, y sin querer mezclarse en las intrigas de palacio. Por consiguiente, los amigos, los consejeros, los herederos presuntos de Augusto, han desaparecido; ya no hay mas que cuatro obstáculos entre Tiberio y el trono. El primero es Julia como madre, que por depravada que sea, es una muger inteligente, penetrante, ingeniosa, capaz de deshacer lo que haga Livia.

Los otros obstáculos son sus tres hijos, Cayo y Lucio César y Agripa Póstumo, designados los tres sucesivamente para suceder á Augusto. Livia comprende que la primera precaucion para deshacerse de una manera segura de esos tres niños, es descartarse de Julia, y arroja la máscara el dia que le viene este pensamiento. Julia está perdida en una hora como por un relámpago. Esto fué el año 752 de Roma.

Livia, de repente, va á ver á Augusto, y en el acto, sin piedad, le revela toda la conducta de Julia. Livia sabia el modo de excitar el furor de Augusto. Este hombre moderado concibió una cólera tremenda, que nada pudo contener. Un terrible drama doméstico estalló en el Palatino. Se dió tortura á unos esclavos, se encontraron cartas, se registraron armarios y cajones. Se apoderó de Augusto el placer salvaje de recoger por sí mismo lo que llamamos, en un proceso escandaloso, los objetos de convicción. Hubo una liberta de Julia, Phœbé, que excitada hasta el extremo por la desesperacion ó por la cólera de Augusto, se colgó de una viga, y Augusto enfurecido exclamó: «¡Ojalá fuese yo el padre de Phœbé!» Quiso nada ménos que mandar matar á Julia; él mismo redactó un informe detallado, en que exponia todas las infamias cometidas por su hija. Hecho este informe, lo hizo llevar al senado reunido, por un cuestor encargado de leerlo públicamente, sin temer, en la ceguedad de su cólera, destruir el prestigio de su familia y su honor de soberano! Si Augusto se dejó llevar de su furor, señores, estad seguros, fué porque le faltó el freno que durante toda su vida lo contuviera; fué porque Livia lo dejó entregado á sus arrebatos.

Ella, como siempre, se quedó en segundo término; creia haber perdido á Julia, y en efecto, la habia completamente perdido. En cuanto á Augusto, el arrepentimiento no fué tardío. Al dia siguiente ó dos dias despues, percibió el efecto inmenso que aquello habia producido en todo el imperio. Percibió la locura insigne que habia cometido, y lanzó entónces, señores, un grito, que hasta hoy es una revelacion sobre su vida privada: «¡Ah, si Mecénas y Agripa hubieran vivido!» exclamó. Pues en efecto, la muerte de esos buenos consejeros, lo habia dejado en cierta manera sin defensa;

abandonado á las instigaciones y á las terribles astucias de Livia.

Poco á poco recobró su sangre fria; se encerró en su casa, no quiso ver á nadie y logró serenar su espíritu y su fisonomía.

Pero Augusto á sangre fria no era mas tierno que Augusto encolerizado: Julia lo notó, y no solo Julia, sino todos sus amantes. Uno de ellos era nieto del triunviro Antonio; se llamaba Julio Antonio; hasta entónces lo habian perdonado; elegante, faustoso, probablemente despreciado. A este le hicieron tales amenazas de parte del emperador, que tomó su espada y se dió la muerte. Otros que no tuvieron el mismo valor, fueron trasportados: se les envió á las islas. El poeta Ovidio, amante de la segunda Julia, debia ser desterrado mas léjos todavia, á los bordes del Puente-Euxino, donde se dió gusto en escribir sus *Tristes*, y no sé si cierto verso de Ovidio no hace alusion á algun agravio secreto del emperador, que agravaba notablemente el crimen de haber sido amante de su nieta; pues dice que se le castigó ménos por lo que hizo que por lo que vió.

Se supone que Ovidio habia descubierto que Julia era la querida de su padre. Nada autoriza semejante suposicion. No hay necesidad de forjarse incestos en la imaginacion; Ovidio, sin esto, pudo ver bastantes cosas vergonzosas que justificaran la frase que dejó escapar.

Se relegó á la misma Julia á una isla situada en las costas de la Campania: se llamaba Pandataria. Se le sometió al trato mas duro; se le prohibió el uso del vino, ningun hombre tenia acceso á la isla, y cuando por casualidad se tenia necesidad de introducir á alguno, á un médico por ejemplo, era preciso enviar al emperador la descripcion exacta de

aquella persona, su edad, su tamaño, su calidad; era forzosa una verdadera filiacion de policia.

Apénas se castigó á Julia, cuando empezaron á echarla ménos. Probablemente hacia falta en las distracciones, en los teatros de Roma. El populacho estaba ganoso de escándalo. Cada vez que Augusto se mostraba en público, ya en los comicios, ya en los paseos, volvian á pedirle á su hija. Pero él era inexorable, y decia que primero verian correr fuego en el Tíber que Julia volviese á Roma. Entónces imaginaron construir una balsa en la que amontonaron materias inflamables, á las que prendieron fuego, y el pueblo gritaba: «¡Por el Tíber corren olas de fuego, volvednos á Julia!» Tiberio mismo, el prudente Tiberio, pidió gracia para su muger; ya vereis dentro de poco lo que de ella pensaba; pero Augusto fué inflexible, y respondió á los romanos que merecian todos tener hijas y mugeres como Julia. El único favor que le concedió fué que cambiase de residencia. La mandó trasportar de la isla Pandataria á Rhegio, desde donde podia contemplar los navíos y las barcas con vela color de azafran que atravesaban el estrecho de Mesina.

Pero abí tuvo que sufrir un castigo mas duro que los que Augusto le habia impuesto, y fué asistir de léjos á la destruccion de su familia, saber que se envenenaba á sus hijos uno despues de otro, á los 21, á los 23 años, sin poderlos defender, sin poder intentar lo que intenta la béstia feroz por la conservacion de sus hijuelos. La terminacion del castigo fué el advenimiento de Tiberio. Apénas dueño del mundo, arrojó la máscara y dió curso á su sentimiento contra Julia; hizo buscar á Sempronio, su primer amante, y lo mandó matar porque lo habia pintado un dia, en una carta á su querida, con colores demasiado verdaderos; hizo encer-

rar á Julia en una prision, le retiró los auxilios que Augusto le enviaba, de tal suerte que murió á los 52 años, de miseria, de abandono y de hambre.

¿Pero es esto todo, señores? ¡No! Supo que su hija Julia habia seguido sus huellas, y que la habian trasportado tambien léjos de Roma, á un lugar desierto.

Hé aquí, señores, la historia de Julia. Con ella se completa la biografía de las mugeres que rodeaban á Augusto, y que este designaba por medio de una expresion enérgica: sus tres úlceras, ó para emplear la expresion latina, sus tres *cánceres*. Estos tres cánceres eran su muger Scribonia, su hija Julia, y la segunda Julia, su nieta.

Esta fué otra parte de la expiacion de Augusto, del que habia atentado tantas veces contra la moral y la familia, que ya sus amigos solo lo excusaban diciendo que habia obrado por política, con el fin de procurarse connivencias entre sus enemigos y entre sus súbditos.

Ya veis cómo aquella sociedad romana, reorganizada, segun ciertas teorías, gracias á la omnipotencia de Augusto, se desorganiza, por el contrario. El adulterio se instala en la familia imperial con una audacia de escándalo, que nunca se habia visto desde que Roma fué fundada.

En esto debemos, pues, buscar la explicacion de esa palabra que traduce tan bien el derecho de poderlo todo sobre los demas y de no poder nada sobre sí mismo; de esa palabra de que se servian los romanos para designar la licencia y el desencadenamiento de las pasiones; de la palabra *impotentia*, impotencia moral, impotencia para refrenar sus gustos, su ambicion, sus apetitos, su maldad.

¡Pues bien! La familia imperial os da el mas terrible ejemplo de esa *impotentia*: Scribonia repudiada por adúltera,

Livia entregada á una ambicion que no retrocede ante los crímenes, y por fin, Julia.

Sí, Augusto encontró su castigo, y bajo la forma mas cruel para un soberano. Fué sanguinario durante una gran parte de su vida; aun en aquella en que Livia lo contenia y lo moderaba, mas de una vez asestó golpes y los hizo asestar: fué castigado con las muertes prematuras que acabaron con su familia, hasta que Tiberio, que no es nada suyo, y por quien tiene aversion profunda, pueda tomar su lugar.

Fué cauteloso, hábil, lleno de una hipocresía que lo convierte en uno de los tipos mas completos del maquiavelismo, y está castigado porque tiene á su lado á Livia, mas fuerte que él, que lo detiene ó lo desencadena, que lo hace matar ó perdonar á su antojo, que consigue hasta el último dia tenerle los ojos cerrados respecto de sus crímenes; á Livia, que es una Egeria complicada con una Locusta.

Augusto, en fin, ha dado á su familia el ejemplo de la inmoralidad, y lo castiga su misma sangre, que lo deshonor en la primera y segunda generacion, su hija y su nieta, á quienes llama sus cánceres.

Veis, pues, señores, que no se necesitan muchas investigaciones, que no hay tantas dificultades que vencer, aun en las épocas mas turbulentas y mas insolentes, para encontrar el castigo, para cerciorarse de la existencia de la gran ley humana, que es bueno buscar en todos los tiempos y que se llama la penalidad.

Posible es que motivos de complacencia y el brillo exterior oculten el castigo tras la grandeza, que la adulacion de los contemporáneos ofusque á los siglos venideros que repiten con indiferencia esas adulaciones, que el miedo ó la bajeza hagan á veces callar á la historia. Sí, sin duda, se pue-

de encontrar hasta en la posteridad, apologistas complacientes, abogados de causas venales y perdidas, y legistas sutiles que gustan de rehabilitar lo que debe ser eternamente condenado.

Pero estad bien convencidos, como lo están todas las conciencias honradas, que para el crimen siempre existe el castigo; y si no lo encontrais en las conclusiones que sacan los historiadores, decid á la arqueología que os abra las puertas y las ventanas de los palacios; y os hará ver de un lado á la Justicia, y de otro al Castigo, sentados en el hogar de cualquiera que ha sido criminal, y que ha violado las leyes de la moral al mismo tiempo que las leyes de la patria.